

Juan Machado Grima



**Pedro Antonio de Alarcón
y su**

“Diario de un testigo de la Guerra de África”



Juan Machado Grima ha sido, hasta el presente, un hombre dedicado a transmitir a sus semejantes el legado cultural que atesora y el amor que profesa su Andalucía natal.

En esas líneas, amén de una larga dedicación a la docencia, -que hoy ejerce en el I.B. Padre Manjón de Granada-:

- ha dirigido entre 1979 y 1984 la Casa Cultural y la Biblioteca Pública Municipal de Andujar,
- ha participado (1980) como colaborador principal en el proyecto de investigación «Bibliotecas Escolares de la Provincia de Jaén» que dirigió el Dr. Fuentes Romero, director de la Biblioteca de Andalucía, becado por el Comité Cultural Hispano-Norteamericano,
- ha sido becado, junto al Sr. Fuentes Romero, por la fundación Blas Infante para la realización del trabajo «Fuentes Bibliográficas y Hemerográficas del Andalucismo Histórico».
- En la actualidad, organiza para la Expo-92 la parte correspondiente a Granada en el Pabellón de Andalucía.
- Ha publicado, entre otros, los siguientes trabajos:
 - «El Movimiento Juntero Andaluz de 1835» en la obra «Andujar, Arte e Historia de un pueblo andaluz». Aytº de Andujar, 1982.
 - «La Junta Soberana Suprema de Andujar de 1835 y los orígenes de una conciencia andaluza». Actas del II Congreso de Andalucismo Histórico. Sevilla, 1987.
 - «Blas Infante y la Granada que él conoció». Sevilla, 1989.

Pedro Antonio de
Alarcón
y su
*“Diario de un testigo
de la Guerra
de África”*

© Juan Machado Grima

I.S.B.N. 84-87387-22-5

D.L.: GR-705/91

Maquetación e impresión:

Proyecto Sur de Ediciones S.A.L.

San Juan 2 (Camino Bajo)

Armillá (GRANADA)

Edición preparada por:

Antonio Fernández Juárez

Publicación patrocinada por la Obra Social de la Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Granada.

Ilmo. Sr. Director. Señoras, Señores, Queridos
compañeros y alumnos:

Es para mí un honor dirigirme a toda la comunidad educativa del I.B. «Padre Manjón» en la agridulce, por tantas razones, pero siempre esperanzadora ocasión de la apertura de un nuevo curso académico. Honor que se dobla de responsabilidad cuando recuerdo las medidas y brillantes lecciones que en años anteriores otros queridos compañeros nos brindaron. Pero, ante la petición de la Junta Directiva, y, haciendo gala más de osadía que de prudencia, me veis ante vosotros, dispuesto, para seguir la tradición, a reflexionar en voz alta sobre PEDRO A. DE ALARCON y su DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE AFRICA.

La elección de un tema para lección inaugural por más que se justifique con consideraciones didácticas: recordatorio de aniversario, lección ocasional, etc., es siempre aleatorio y casi siempre, y éste es mi caso, vinculado a vivencias personales:

**PEDRO ANTONIO DE ALARCON Y EL DIARIO DE
UN TESTIGO DE LA GUERRA DE AFRICA.**

En un lento viaje de regreso de Tánger a Ceuta, a través del Gran valle de Tetuán, evocaba yo nombres - Guad Ras, Río Martín, Guad-el-Jelud, Los Castillejos- grabados en mi memoria desde hace muchos años, cuando, (casi niño todavía), leía con admiración y avidez, las páginas de aquel paisano mío, de Guadix, que tenía que haber sido muy importante, tanto, como para merecer un

monumento en el parque de la ciudad y una lápida conmemorativa de su nacimiento en aquella casona, cerca de la plaza del Conde-Duque, que nos servía de frontera, a la pandilla de la Puerta Alta y el barrio de Santiago, frente a los siempre belicosos guerrilleros de San Miguel encabezados por los terribles hermanos Lindaraja. Me refiero a Pedro Antonio de Alarcón, el buen escritor granadino, el más conocido por sus jóvenes paisanos, al menos de nombre, y a los que yo invito a conocer literariamente, con ocasión del próximo primer centenario de su muerte, que se cumple justo al término del Año Académico que hoy iniciamos, con la seguridad de que encontrarán en su obra el reflejo de una vida, que, como la España de su época, fue intensa, apasionada, azarosa y discontinua. Lo que tal vez explique, en parte, que el antiguo seminarista y luego fogoso revolucionario, que desde el látigo en 1855, atacaba al trono y al ejército, diera un brusco cambio en su existencia, y, al iniciarse la Guerra de Marruecos en 1859, no dudara en defender, con sable y pluma, el nombre de España. De la breve guerra volverá a los tres meses con una herida, dos cruces al valor y un libro, el de éxito más fulgurante de la literatura española del siglo XIX, pero que tiene el mérito de ser, a la vez, exaltador del valeroso ejército español y de sus infortunados adversarios moros. Pero, vayamos por partes, puesto que este es el motivo central de esta lección inaugural.

Ante todo, conozcamos al personaje:

Pedro Antonio de Alarcón, como él mismo cuenta, nació un domingo, 10 de marzo de 1833, en la casa número cuatro del callejón del Hospital Viejo, en Guadix, la ciudad mitrada por sus obispos y por sus cerros, y una de

las más rancias de Occidente, tanto, que aún puede verse el dios solar Netón, vieja deidad mediterránea, en el Muro del Caño o Fuente de San Antón, recuerdo de visitantes fenicios, casi mil años antes de Cristo.

Colonia romana con el nombre de Julia Gemella Acci, según una antiquísima tradición fue la primera ciudad hispana que abrazó el cristianismo.

No voy a caer yo en la ligereza de decir que una ciudad así influye en algunos espíritus especialmente despiertos y sensibles que a lo largo de las generaciones nacen en ella, pero lo cierto es que es Guadix una ciudad espesa, donde a fuerza de cambiar tan lentamente el aire de la Historia se ha remansado (casi solidificado) y en las pinas y empedradas callejas del Barrio Latino parecen resonar, confundiéndose, los ecos delicados del Xustarí y Aben Tofail, el filósofo autodidácta, con las recias pisadas del Adelantado D. Pedro de Mendoza, el fundador de Buenos Aires en la Argentina y D. Lope de Figueroa, inmortalizado por Calderón en el Alcalde de Zalamea, quien trae a Felipe II los trofeos y la noticia de Lepanto, Mira de Amescua o Fray Antonio de Guevara... Y también lo cierto es que la ciudad, especialmente la Catedral, cuya torre al atardecer cubre con su sombra todo el valle, dejó honda huella en la mente juvenil de Alarcón: «En ella sentí, nos dice, mis primeras impresiones artísticas, ella me dio idea del poder revelador de la Arquitectura y allí oí la primera música y admiré los primeros cuadros...».

¡Cuántos accitanos podrían suscribir estas palabras de Alarcón!

Cuarto de los diez hijos nacidos del matrimonio compuesto por Pedro Alarcón Carrillo, de profesión escribano y de Joaquina Ariza Ferrer, hija de labradores ricos, aunque los avatares de la Guerra de la Independencia habían mermado mucho el patrimonio familiar. Fue seminarista por decisión paterna -yo tenía vocación de casado, dirá- aprendió Letras y Latín; estudia Filosofía con un exclaustro de la Orden de S. Francisco y se gradúa Bachiller a los catorce años en Granada donde empieza Leyes, que tuvo que abandonar para reingresar en el Seminario ya que su padre aspiraba a verlo canónigo, o ¿por qué no? obispo. De corta estatura, desaliñado en el vestir, salud delicada, fue un joven de apariencia insignificante, sólo traicionada por el brillo de unos ojos negros, intensos, en los que asomaba una fuerza interior arrolladora, alimentada por las tertulias nada ortodoxas, al decir de José Asenjo Sedano, de la rebotica y los libros prohibidos de cierto deán liberal y de una dama de la Corte -ni viuda ni casada- de la que se sintió juvenilmente enamorado.

Así, un día, aquel valle coronado de cerros arcillosos se le antoja demasiado pequeño y marcha a Cádiz, a dirigir el «Eco de Occidente», revista enciclopédica, que escribía desde Guadix con su paisano Torcuato Tarrago y Mateos.

Solo un mes permanecerá en aquella ciudad, pues su verdadera meta es Madrid, a donde llega portando en sus maletas el arma secreta con la que pensaba conquistar la Corte: Dos mil versos con los que había culminado «El Diablo Mundo» de Espronceda, su ídolo juvenil.

Fracaso rotundo y precipitado regreso a su tierra, a Granada, donde instala «El Eco de Occidente» y entra en contacto con la «Cuerda Granadina» (la famosa sociedad de carácter literario-jocoso nacida en torno a 1850, fruto de las animadas reuniones celebradas en casa de Mariano Vázquez, en la calle Recogidas, llamada así porque a cada uno de sus miembros se le denominó «nudo», seguido de un apodo que le distinguía de los demás). A ella pertenecían Moreno Nieto, «el Maestrico», el italiano Ronconi, alias «Rapones»; Fernández y González, «Poetilla», Castro y Serrano, Mariano Vázquez, etc., etc. La mayor parte de los «nudos» de la Cuerda toman parte en los sucesos que precedieron a la revolución de 1854 y cuando ésta estalla -la Vicalvarada- Alarcón con sus veinte años no duda en ponerse al frente de los insurrectos granadinos entre los que distribuye armas y ocupa el Ayuntamiento fundando, de paso, un nuevo periódico, «La Redención» en el que publica artículos incendiarios contra el ejército, la milicia nacional y el clero. Es el Alarcón revolucionario que muchos años más tarde, R. Maurell, en su artículo de «El Defensor de Granada» titulado «Antiguallas Granadinas» recuerda a «la arrogante figura de Alarcón, bajando en julio de 1854 por la cuesta de Gómez, con su fusilón de chispa al hombro, seguido de una muchedumbre armada que, entre múltiples clamores, gritaba furiosa ¡viva la libertad!...».

Poco después marcha a Madrid a donde le siguen los miembros de la Cuerda Granadina. Son años de aventura y bohemia. Se hace cargo de la dirección de «El Látigo», un libelo explosivo desde el que se atacaba, sin respeto ni divino ni humano, a las instituciones,

sobre todo a Isabel II. Manejando Alarcón la pluma «como un puñal damasquino», dice uno de sus biógrafos. Consecuencia de sus ataques fue el duelo a muerte con el poeta José Heriberto García de Quevedo que había servido a la Reina en la Guardia Real, duelo del que salvó la vida gracias a la benevolencia del contrario que disparó al aire, castigando con el desprecio la osadía y el orgullo de aquel jovenzuelo de 21 años aspirante a escritor, quien supo aprender la lección y no escribirá de política hasta ocho años más tarde, pese a colaborar prácticamente en casi todos los periódicos de la época. A finales de 1857 estrena en el teatro del Circo de Madrid su drama «El Hijo Pródigo», que si bien es acogida con éxito por el público, es materialmente destrozada por la crítica aún antes de levantar el telón. Estos contratiempos, su entrada en la redacción del periódico «La Epoca», portavoz de la Unión Liberal de O'Donnell, como cronista de sociedad, su amistad con PASTOR DIAZ y el general ROS DE OLANO, atemperan el carácter apasionado del accitano, que en 1859, cuando tiene veintiseis años acierta ese pleno buscado por todo creador.

Responsable: una guerra innecesaria y artificiosa, iniciada para resolver problemas internos y de prestigio, pero que se convirtió en enormemente popular, al calor de la tendencia a robustecer un nacionalismo unitario y la permanencia en amplias capas de la población de un sustrato romántico.

LA GUERRA DE AFRICA Y EL DIARIO DE ALARCON.

La característica más notable del gobierno de la Unión Liberal, durante el reinado de Isabel II, fue su serie de aventuras exteriores, como la expedición a la Cochinchina (el famoso Vietnam de nuestro siglo sería conquistado por tropas españolas desplazadas desde la cercana Filipinas) y a Méjico, pero la de más éxito fue, sin duda, la guerra de Africa que finalizó con la conquista de Tetuán en febrero de 1860.

Como en todas las expediciones marroquíes posteriores, subyacentes a operaciones limitadas para defender las plazas de Ceuta y Melilla de los ataques de las kábilas, había vagas ideas de una misión africana y de una nueva cruzada contra los moros infieles.

La Guerra fue una operación arriesgada, desarrollada en el momento culminante de la estación lluviosa, con un ejército mal pertrechado -las dos terceras partes de los muertos lo fueron de cólera-, mal planeada, en un país sin caminos, pero que complació al público español y renovó la confianza del ejército.

La conquista no proporcionó adquisiciones territoriales (éstas habían sido prohibidas por Inglaterra), una guerra grande y una paz chica fue la sensación que quedó en el pueblo al final, pero suscitó una gran apoteosis nacional, con la Reina como heredera de Isabel la Católica, sucediéndose los gestos grandilocuentes: venta de joyas de la Reina, conversión de la mezquita mayor de Tetuán en iglesia, etc., etc. Se trata de un ejemplo clásico de guerra de honor, no basada en intereses económicos y estuvo cargada, como muchas guerras, de una emoción política unificadora,

eslabón entre el patriotismo, que más tarde se enfrentaría a la guerra con EE.UU., y el mito patriótico de 1808.

En este sentido baste recordar que la mayoría de las fiestas de moros y cristianos de nuestro Levante nacieron o se revitalizaron en esta época y en Cataluña la popularidad de los voluntarios del general Prim fue extraordinaria mientras que el Banco de Barcelona concedía créditos sin interés alguno. Fue una auténtica satisfacción del orgullo patrio, alimentado por un incontable número de obras poéticas, dramáticas, artísticas y musicales de muy diverso valor y significación que surgieron en torno a la guerra. FORTUNY, ESQUIVEL, NUÑEZ DE ARCE, CARLOS DE IRIARTE... Son nombres ligados intimamente a ella, pero nadie, nadie contribuyó a la causa como Pedro A. de Alarcón, ni alguien pudo alcanzar la fuerza emotiva de nuestro autor.

Estaba en magníficas condiciones para ello: joven -tenía vienteses años- se adhirió calurosamente a la campaña, en la que su amigo Ros de Olana iba a dirigir un cuerpo de ejército. Por otra parte, contaba con una dilatada experiencia como periodista y escritor. Había publicado ya la mayoría de sus relatos cortos, algunos de los cuales mostraban claramente su afición a los temas africanos: «Un morisco de ahora», «Vasallaje», «Una conversación en la Alhambra», etc., etc., y veinte años antes que Galdós había publicado breves episodios nacionales de la Guerra de la Independencia y la Guerra Carlista -«La corneta de llaves», «El asistente», «El extranjero», «El carbonero alcalde»... De ahí, como he

dicho, que nadie, entre los artistas mencionados tuviese el vigor de Pedro Antonio ni entusiasmará a los lectores como él lo hace en las 70 cartas que al filo de los hechos -Diario de un reportero de guerra- fue escribiendo y enviando al periódico «El Museo Universal». Este Diario, al que llamaría hijo de sus afanes y vigiliás, cuando apareció en forma de libro impreso tuvo en su primera edición- importante para cualquier época - 50.000 ejemplares de tirada que se agotaron rápidamente a pesar de su alto precio- doce pesetas y media, esto es, más de tres veces el sueldo diario de un obrero especializado en Barcelona, que percibía un salario de cuatro pesetas, y cinco veces el jornal de un temporero andaluz- lo que reportó a su autor unos beneficios de cien mil duros de aquellos. ¡Un fortunón!

Pero, como él mismo diría muchas veces, su mayor gloria, lo que jamás podría comprar con dinero, serían las veinte mil cartas anónimas y sencillas recibidas de todos los rincones de España.

Ahora bien, aun cuando el Diario alcanzara ese éxito inmenso, en un momento en el que la guerra de Marruecos logró robustecer, por un momento, la unidad y la fe de la Nación; ¿A qué viene, os preguntareis, rememorar este libro, que surgió como flor de un día para satisfacer apasionados y efímeros intereses periclitados hace ya más de un siglo?. ¿En qué conviene recordar una inolvidable guerra lejana, cuando precisamente a las alturas de este otoño recién estrenado los vientos de nuevos conflictos tensionan y amenazan al mundo? -Recordar la guerra, como tal, en nada, pero sí extraer del libro que ahora comentamos- sin

pretender ofrecer un detenido análisis literario del mismo, al que, por otra parte, yo no tengo acceso- unos puntos de reflexión a la luz de un gustador de los temas de Historia, y esos puntos de reflexión son, a vuela pluma, los siguientes:

Primero: creo que el Diario es un ejemplar de reportaje bélico-periodístico insuperado en la moderna literatura hispánica. Una magistral lección de rápida y directa conversión de una realidad vivida intensa y fugazmente, él mismo dirá: «fue redactado en el campamento, bajo la tienda, en el teatro mismo del combate y, en ocasiones, durante la misma lucha». Efectivamente, «Al oscurecer», «por la mañana», «son las cinco de la tarde», «noche pluit tota», etc., etc., son encabezamientos habituales de las cartas.

Segundo: El libro no es, y no hay que verlo, como una crónica de guerra, sino como el diario de un testigo-actor de la Guerra de Africa y, como tal, interesa conjuntamente a españoles y marroquíes. Como sugiere Alberto Navarro, uno de los más agudos comentaristas de la obra, los episodios bélicos son «una excusa formidable para levantar el velo de una hermosa tierra sumida en un largo sueño, transformándose así en un libro de viajes inapreciable en el que cobran vida aquellas tierras y campos ásperos y llenos de luz, aquellos silenciosos aduares y las blanquísimas ciudades donde convivían los moros y los judíos descendientes de los salidos de España varios siglos antes.

En tercer lugar: Alarcón manifiesta en su Diario un «africanismo» que se ha considerado precedente del

que predicarían Ganivet y Costa y que, más que en fundamentos ideológicos, se basa en la cordial identificación con los moros y la entrañable idealización que de ellos se hace.

Ya al comienzo del libro escribe un impresionante canto a Africa («Teneo Te, Africa») y luego, a medida que las cartas se suceden, vamos comprobando cómo una cordial simpatía le hace sentir por los moros respeto, compasión, admiración y cariño, sentimientos vivos y sinceros que no quedan ocultados por algunos juicios duros que el cronista soldado expone, a veces, especialmente al hablar de su actitud ante las mujeres. Difícil será encontrar en la literatura ejemplo de tan poética y generosa visión de un adversario irreductible, de tal modo que el libro sobrepasa la óptica parcial impuesta desde el lado español para convertirse en canto sincero a dos ejércitos desiguales y a dos pueblos, que, pese a luchar torvamente, se sienten hermanados de una u otra forma.

Esta actitud transigente de Alarcón la supo ver Galdós cuando en uno de sus Episodios Nacionales en «Aitta-Tetaven» nos dice: «pondrás en endechas de prosa las carnicerías de ayer y hoy...tú eres el único para esto, Perico. Nuestra lengua es una hoja bien afilada para cortar cabezas mahometanas y un instrumento sonoro y retumbante para dar al viento las fatuidades y jactancias históricas...pero tú has descubierto y has empleado antes que ningún escritor el arte de suavizar ese instrumento, tocándolo con gracia inaudita. Tú sabes quitar a los sonidos épicos su vana hinchazón, dándoles una elegancia incomparable... Perico moro de

Guadix eres un español al revés o un mahometano con bautismo».

Alarcón, que como hemos dicho se apunta con su Diario el mayor éxito literario de su vida, mantendrá durante muchos años un nivel de popularidad extraordinario.

Después de la publicación de «La Alpujarra» y «El sombrero de tres picos» es elegido cuatro veces diputado, nominado ministro plenipotenciario, consejero de Estado, etc., etc. En 1875 publica «El escándalo» e ingresa en la Real Academia Española. Más tarde vendrá «El Niño de la Bola», su novela accitana, «El capitán Veneno» y «La pródiga», su última novela, rechazada por la crítica, fracaso que viene a coincidir con un Alarcón enfermo, que ha enterrado a tres de sus hijos y que, desanimado, decide colgar la pluma. Es el Pedro Antonio que conoció la Condesa de Pardo Bazán en la Biblioteca Nacional y a la que impresiona por su palidez, ojos apagados y respiración sorda y dificultosa, es el Alarcón plasmado por el escultor Juan Polo en el monumento que le dedicó la ciudad de Guadix en el centenario de la publicación de su Diario de un Testigo, tan lejos del Alarcón fatalista que se va diluyendo sobre las cuartillas que ya no escribe (Alá es grande y hará de mi lo que guste, ha dicho a la Pardo Bazán en su primera y única charla a la que he hecho mención). Se convierte en un inválido. No quiere ver a nadie y dispone una última voluntad sobrecogedora: que lo entierren en una fosa común, sin distinción alguna. Finalmente muere un domingo, como el día que nació, de julio de 1891. No fue enterrado en la fosa común, pero sin inscripción alguna, Perico, el moro guadijeño, el buen escritor granadino,

reposa en la sepultura 2.752 del cementerio de San Justo de Madrid.

Si en este principio de curso, tiempo de afanes y de promesas, vosotros, mis queridos y jóvenes alumnos, os acercais a su obra, yo habré sobrepasado con creces los objetivos de esta lección. Muchas gracias.

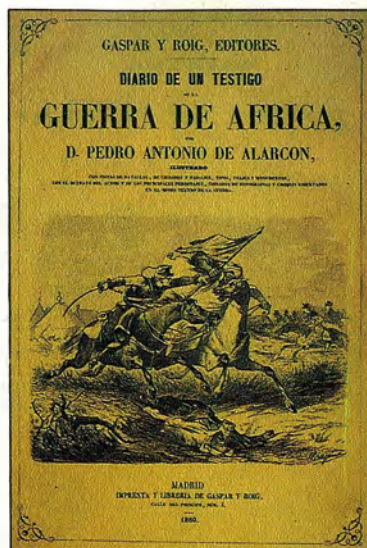
5 de octubre 1990.

COLECCIÓN:
"LECCIONES INAUGURALES"

Títulos publicados:

- ① Diario de un testigo de la
Guerra de África.
Juan Machado Grima.

**Celebración del 25 aniversario
del Instituto "Padre
Manjón".**



I.B. "Padre Manjón"
GRANADA